

Juan Carlos Alarcón

Nació en Córdoba, en 1948. Es poeta, escritor, autor de teatro y periodista. Actualmente vive en Francia. Colabora con diferentes medios culturales y periodísticos de América Latina y Europa. Actualmente dirige la revista impresa bilingüe “Café Latino” de Francia y el Boletín Digital “Rancho Aparte”.

Publicaciones:

- PAÍS CHUCARO (poemas) Ed. Recovecos; Arg. 2006.
- CUANDO LOS PAJAROS VUELAN EN LIBERTAD (novela) Ed. Espartaco; Arg. 2006.
- EL LADRON DE CAMPANAS; (novela) Ed. Espartaco, Arg. 2004.
- HISTORIAS PARA SER LEIDAS A LA TARDE AL LADO DE UNA VENTANA; (cuentos) Ed. LCT; Francia, 1997.
- AMBICIÓN DE EXISTIR (poemas bilingüe francés/español) Ed. LCT ; Francia, 1995.
- HOMENAJE A DOS POETAS (J.C. Alarcón/Argentina – F.G. Aguilera/España) Ed.. Ibero-Latinoamericana; Islas Canarias, 1990.
- DESIDERATUM Y OTROS CUENTOS (cuentos) Ed. Alción; Argentina, 1988.
- ¿QUIÉN ABRIÓ LA JAULA? (teatro) Ed. Bohemia y Figura; Argentina, 1984.
- ANTOLOGIA DE LA LITERATURA CORDOBESA (cuentos);Ed. Bohemia y Figura; Argentina, 1973.

También es autor y director de teatro:

- LA MUJER DEL FIN DE SEMANA, Théâtre Traversière, París 12°; 1997.
- LA LEYENDA DE HUANCA IRIS; Bateau Théâtre La Balle au Bond; París, 1996.
- YA 200 AÑOS?... OH MIERDA! Drancy, París y gira; Francia, 1989/90.
- EL PUERTO DEL INFIERNO; Teatro de Drancy, Francia, 1989.
- LA CAJA. Teatro Carrefour de la différence, París, Francia, 1984.

Sitios donde colabora:

Uruguay: http://letras-uruguay.espaciolatino.com/aaa/alarcon_juanc/index.htm; Argentina: <http://www.poesia.com.ar/nueva/sitio/proyecto.php>, www.revistarecovecos.com.ar; Francia: www.cafe-latino.org y España: <http://www.redescritoresespa.com/J/juancalarcon.htm>.

j.carlos.alarcon@free.fr

œ.....œ

Inéditos

EL EXTRANJERO

A esta historia, podría comenzar a relatarla como podría haber hecho mi padre durante mi infancia. Él empezaba mostrando en su rostro la característica de la narración. Por ejemplo, si era un hecho inventado esbozaba una sonrisa, si lo que diría tenía una connotación histórica mostraba un aire solemne, y, si su exposición era triste ponía cara de circunstancias. En consecuencia, con mis hermanos nos fuimos acostumbrando a observarlo detalladamente antes de escucharlo platicar, eso nos adelantaba el contenido verídico de sus relatos. Pienso esto, porque por más que me contemple en un espejo, no logro imaginar la cara que yo pondría si tuviera que narrar esta historia a mis nietos. De todas maneras, se podrá creer que

es la fabulación absurda de un escritor o de un fabricante de sueños. Y sin embargo los acontecimientos se produjeron tal cual están.

Me sucedió al principio de la década del sesenta, venía de regresar a mi ciudad natal después de quince años de ausencia trajinando de un lado del mundo para otro. Por entonces, a causa de mi trabajo, con mi mujer y mis hijos habíamos recorrido gran parte del mundo. Cada dos años terminábamos instalándonos en países diferentes, con idiomas diferentes y culturas que nunca finalizábamos por asimilar completamente y que nos hacía sentir extranjero en cuerpo y alma, no importan dónde ni con quién estuviéramos.

Esta sensación me persiguió a lo largo de casi toda mi vida, a tal punto que, durante ese período, una sola vez regresé a Córdoba y comprobé que la transformación era tanta que me sentí extranjero en mi propia ciudad. Digamos que por entonces estaba tan harto de vivir esa impresión, que decidí mudar de actitud con respecto a la gente. Al fin y al cabo, era la misma gente que me producía esa sensación tan poca lenitiva.

El caso de mi mujer y de mis hijos era distinto. Ellos iban y venían entre Córdoba y las ciudades que podíamos habitar de tal forma que la referencia de identidad no se les confundía mucho.

Recuerdo que cuando puse los pies en Córdoba, lo primero que experimenté, fue un sentimiento extraño que me produjo malestar. El cambio que se había producido durante mis quince años de ausencia era tan grande, que ni siquiera ya existía ese clima seco y sano del cual me sentía orgulloso. Córdoba no era la misma de antaño y su fisonomía me resultaba tan desconocida como cualquiera de esas ciudades que aterrizábamos por primera vez.

Habíamos llegado el día anterior y luego de saludar a toda la familia, como correspondía, decidimos hacer un recorrido, a vuelo de pájaro, por las calles céntricas. Allí volví a sentir esa sensación infausta que carcomía mi estómago y traté de explicarme, en todo caso para mí mismo, tratando de calmar la angustia que me roía: "No sos turista, es la ciudad donde naciste, dónde pasaste la adolescencia, dónde te casaste y donde nacieron tus primeros hijos" sin embargo, esta explicación no sirvió de mucho.

En la mañana siguiente, la sensación continuaba enquistada y -me dije- que tenía que vencer ese estado anímico antes de que me separase definitivamente de mis raíces provincianas o me volviera loco. Y decidí enfrenar la calle, tratando de luchar contra un pasado que agonizaba en mis recuerdos y que debía recuperar, pero ya nada era como lo había dejado quince años atrás. La evolución física me producía un enorme vacío y la memoria sería lo único que me permitiría rescatar las vivencias perdidas. Entonces decidí salir.

Tomé el ómnibus y me dirigí al centro, pero tuve que preguntar al colectivo dónde debía descender para ir hasta el lugar que deseaba, porque hasta el recorrido había cambiado. Luego me encaminé en dirección de la Pizzería San Luis que, por fortuna, todavía continuaba existiendo y a pesar que se encontraba cerrada por la hora me alegré tener un punto conocido de referencia. Luego continué caminando sin rumbo y concluí por entrar al bar La Cabaña del Tío Tom en la calle 25 de Mayo. A veces buscaba los negocios que habían sobrevivido a mi ausencia y, otras tantas veces, observaba las personas procurando identificar rostros familiares y cuando lo lograba me sentía contento, pleno de dicha, como si le hubiera ganado una partida a la nostalgia.

Recuerdo que estaba en el bar bebiendo un licuado de banana con leche cuando lo vi entrar. Era un hombre de unos cincuenta años aparentes, pero no podría tener más de cuarenta y cinco. Un bigote al estilo Alfredo Palacio le daba un aire más adulto y su expresión me resultaba conocida. Fue un instante de ansiedad que expresé, pero logré ubicarlo en mi memoria, habíamos sido compañeros de escuela en el establecimiento La Chacra, como le solíamos decir por entonces al colegio secundario Deán Funes. Y cuando pasó por mi costado le salí al encuentro.

- ¿José Lorenzi...?

Al principio me miró desconcertado, yo lo hice fijo, directamente a sus ojos procurando hurgar en su interior. Él dio la impresión de hallarme un aire familiar, pero dudaba. Quince años de ausencia terminan por cambiar nuestra apariencia exterior y, con José Lorenzi, hacía veinte años que no nos veíamos y tal vez por eso respondió un poco desconfiado.

- Sí, efectivamente...

- ¡Soy Pablo Ramallo y fuimos juntos al secundario! -expliqué rápido orientándolo en sus recuerdos. Él me reconoció y me abrazó espontáneamente y nos sentamos en la misma mesa donde yo estaba ya emplazado, para rememorar anécdotas de nuestra adolescencia.

Si mi pasado pretendía morir sepultado en el tiempo, no estaba dispuesto a permitirlo, pensaba luchar para aferrarme a ello y, con ese encuentro fortuito, venía a revivirlo. El destino había venido en mi ayuda y me sentía feliz.

José me comentó que se había casado hacía un paquete de años y que tenía un puñado de hijos. Era ingeniero en la empresa de Luz y Fuerza y la vida parecía sonreírle sin grandes problemas. Después quiso saber sobre mi existencia y, cuando me lo preguntó, sentí una sombra invadir todo mi interior. Pensé, que si le comentaba que trabajaba en una embajada y que los últimos quince años había estado viajando de un lado para otro, seguro que me haría sentir extranjero. Se interesaría más por conocer costumbres y cultura de todos los países, que continuar hablando de nuestras cosas, aún cuando en esa época ya eran demasiadas antiguas. Por otro lado, yo no tendría tampoco la autoridad para hablar del país ni de la ciudad ni del Club Racing, mis palabras no tendrían credibilidad para dar una opinión. Un extranjero puede recrear un hecho, asentir o no una posición local, interrogarse por los acontecimientos o los resultados, mostrar el punto de vista lejano de la distancia, pero nunca podrá juzgar los eventos como testigo histórico de quien vive los hechos.

La ciudad ya había construido su historia sin mi presencia y eso me hacía sentir muy mal, por eso mentí. Mentí para salvarme, para sujetarme a esas raíces que estaban cortándose solas con el tiempo y recuerdo que inventé una historia, que pudiera justificar la ignorancia de los hechos acaecidos durante mi ausencia, pero que no me descartaría de la vida de la ciudad. Dije que vivía en la ciudad de Paraná, que había instalado una ferretería atendida, en ese momento, por mi hijo mayor ¿Y mi esposa? ¡Bah...! Mi esposa era una mujer simple, de la casa, que primero se había ocupado de los hijos y más tarde de los nietos ¿Para qué explicar que era diseñadora de una casa de moda en París? Tampoco lo hubiera creído por mi condición de simple ferretero. José estaría pensando para sí mismo "¡Bastante campesino!".

La mentira era infantil, pero José Lorenzi creyó la historia y se interesó un poco por la problemática del comercio, por la crisis de abastecimiento y una mala política de mercado exprimida en los últimos años. Por primera vez no me sentía extranjero en mi tierra y podía reconstruir un pasado tan caro a mis sentimientos sin el hecho de tener que cotejar todo con los sistemas de otros países. José me habló de su trabajo, de sus hijos y hasta me narró una relación simpática, extra conyugal, con una de sus colegas de trabajo. Fue allí que decidí incorporar un nuevo elemento a mi mentira, mostrando curiosidad por el pasado y de manera inocente, interrogué.

- ¿Te casaste con Elsa?

- ¿Qué Elsa...?

- Aquella piba que conocimos en un baile de Río Ceballos y que después salió contigo – Lo dije de tratando de refrescar su memoria.

- ¡Sí que me acuerdo! Pero nunca hubo nada entre nosotros, al menos en aquella época... - respondió entrando en un mundo de reminiscencias que no podía ocultar. Acaso no iba agregar más nada, pero sus pensamientos florecieron de golpe y sonrió con el placer individual de los recuerdos. Entonces comentó- Fue una historia curiosa. Un día desapareció y

me enteré que se había casado con un tipo que la llevó a vivir a Europa. No volví a verla hasta varios años más tarde.

- ¿Vos la querías mucho?

- Más que quererla, pienso que la deseaba. Ella lo sabía y más bien creo que jugaba con esa situación.

- Afortunado el hombre que la esposó. Era linda mujer...

Acaso porque el bar había quedado vacío, el silencio que se produjo se extendió entre nosotros lleno de recuerdos renovados. Elsa Morante revivía un pasado lejano y José Lorenzi pareció continuar en su universo, solo algunos gestos incomprensibles se dibujaban en su visaje, como tratando de poner orden a ese pasado que también a él le revivía. Puede ser que por eso, sin consultarme, él solicitó dos cafés al mozo del bar, evitando que nuestro encuentro pudiera darse por finalizado sin evacuar lo que tenía adentro. Y comenzó a evocar.

- Cuatro o cinco años más tarde la volví a ver, fue cuando Elsa vino a visitar a su familia. Salimos un par de veces a comer y lo que tenía que suceder sucedió...

- ¿Cómo lo que tenía que suceder sucedió? ¿Te referís a Elsa Morante? -interrogué nervioso, porque adentro mío algunos pájaros oscuros revolotearon sin horizonte.

- ¡Y sí...! Nos transformamos en amantes de pasaje. Cada vez que Elsa retornaba para visitar a su familia me hablaba por teléfono y volvíamos a encontrarnos -lo dijo sin procurar dar una connotación importante al hecho, pero pareció reflexionar un poco más y agregó- Lo nuestro no podía tener futuro, ambos éramos casados y no estábamos dispuestos a modificar una vida ya construida. Esa relación duró diez o doce años, hasta que nos quitamos para siempre y no volví a verla más. Creo que terminó instalándose en Grecia.

Largué una carcajada sin motivo, que no supe explicar. Es posible, que José haya pensado que me reía de su historia clandestina de amor, de esa relación que habían tenido en episodios con la bella Elsa, o del miedo de los amantes de no confrontar otra manera de vida. Lo cierto es que él me miró absorto o desconcertado, pero no comentó nada.

Elsa Morante había sido una especie de diosa profana en nuestra adolescencia. Al principio, pasábamos la mayor parte del día los tres juntos, íbamos al cine, al baile o nos sentábamos en el umbral de la puerta de su casa todas las tardes; después, Elsa comenzó a separarnos y las salidas se volvieron de a dos, situación que nos llevaba a creer que ella estaba enamorada del otro y, entre José y yo, se produjo una disputa no dicha y nos fuimos apartando poco a poco hasta que dejamos de vernos definitivamente, pero siempre unidos por el puente que representaba Elsa. Acaso por eso fue que José Lorenzi me explicó de manera cómplice su relación con ella, con la satisfacción de una venganza tardía o con la complacencia de quien podía compartir un secreto de alguien que también conocía a Elsa.

Se lo veía feliz, exteriorizando su triunfo sin ningún reparo, porque él representaba la vida conquistada a todo nivel, una familia sólida, una profesión brillante y el sabor dulce de haber tomado posesión del cuerpo tan deseado de nuestro amor de adolescencia. Para mí fue diferente, algo venía de quebrarse en ese pasado al cual me ataba y una duda me atravesó el pensamiento como una flecha ¿Hasta qué punto el pasado podía influenciar el presente? ¿Qué era el destino sino la concretización de lo fortuito? Esa mañana yo había salido para remontar la memoria, para revivir antiguas vivencias que me sirvieran para comprender mejor la vida, pero ¿de dónde me venía esa necesidad de hurgar en el pasado, como si buscara allí un punto de apoyo para saltar hacia adelante?

Yo estaba en pleno cabildeo existenciales cuando José me interrumpió para completar el panorama idílico de su aventura y que, a lo mejor, para ellos, también había sido una necesidad de amar y ser amados.

- Elsa era una buena amante y si algún día la vuelvo a cruzar, trataré de retomar esa relación magnífica que vivimos, tan salvaje como secreta- dijo a modo de conclusión. Pero ya había algo en sus palabras que manchaban cualquier sentimiento y me cansé de escuchar su

confesión triunfalista. Me levanté sin haber finalizado el café y decidí retornar a casa ya cansado de la ciudad, de sus anécdotas y de todos los antiguos amigos que no había llegado a ver.

Tomé un taxi, porque fue como si el tiempo comenzara a urgir en mis entrañas y cuando entré a la vivienda, mi hijo me ofreció un vaso con vino como aperitivo. Instantes más tarde, mi mujer se acercó a nosotros portando un plato con fiambres y quesos cortados en pequeños cuadraditos. La contemplé fijo y un torbellino de preguntas se acumuló en mi mente; tal vez tuve deseos de comentarle mi encuentro con José Lorenzi, el compañero de la escuela secundaria, no sé. Acaso a veinticinco años de matrimonio uno podía continuar enamorado de su esposa, aún cuando el amor muchas veces duele en la espalda. Recuerdo que la miré hasta con curiosidad, pensando que cuando se corta con el pasado, recuperarlo, se vuelve una actitud desesperada y no siempre mejor que la sensación de sentirse extranjero en su propia ciudad. Mi esposa mantenía aún los restos de su belleza pagana y salvaje, la soberbia que fabrica el conocimiento del mundo y su profesión liberal, y tuve ganas de reír. O acaso de llorar, no lo sé. Pero ella sintió mi mirada que le entraba inquisidoramente buscando el corazón de sus pensamientos y me preguntó.

- ¿Qué te sucede? ¿No te sientes bien...?

- ¡No es nada Elsa... no es nada. Ya pasará!



LA CARTA OFICIAL

Se podría decir que todo comenzó hace una eternidad. Se podría decir que la primavera en Francia no es siempre igual, ni tampoco son iguales sus colores. Hasta se podría añadir que el destino de la gente es como esos pájaros otarios de las ciudades que no saben a dónde ir. Digo esto, porque desde hace tres o cuatro años, en el barrio donde vivo, esperamos que se efectúen los trabajos de refacción, al interior de las viviendas como en el exterior.

Vale explicar que, durante años, habíamos realizados centenares de reuniones. Invitamos a comer a los concejales, a algunos diputados y hasta me recuerdo que le hicimos ojos tiernos a un ministro que se perdió en las calles del barrio. También firmamos dos millones de peticiones solicitando las tareas que, el Estado, debía efectuar en nuestras moradas, porque el Estado se venía quejando que en este barrio se gastaba mucha electricidad, agua y papel higiénico.

Todo estaba en ese orden: el Estado nos recriminaba el consumo excesivo y nosotros le respondíamos con una manifestación. Fue hasta que, hace algunos años, recibimos una respuesta oficial dónde nos comunicaban que los trabajos habían sido aprobados y que comenzarían próximamente. Sin embargo, “próximamente” es una palabra abstracta, y nadie sabía a ciencia cierta que quería decir para la administración pública.

Según la respuesta oficial, próximamente comenzarían los trabajos, por lo tanto nosotros, los habitantes del barrio, debíamos preparar nuestros departamentos de tal manera que las tareas puedan efectuarse sin escombros ni molestias para los obreros contratados por el Estado. La información era sensacional y yo abrí una botella de cidra para festejar ese evento.

Recuerdo que algunos vecinos no creyeron en esa carta, otros respondieron que habían votado por las nuevas autoridades y que era el deber de ellas cumplir sus promesas. En cada reunión los vecinos exprimían sus pasiones más subrepticias. A veces parecíamos estar organizando un conciliábulo revolucionario, una especie de reunión de los años 68 en retardo. Pero yo que no había vivido los prestigiosos momentos franceses de mayo del 68, esas reuniones me producían una viva emoción que serpenteaba por todo mi cuerpo.

De todas maneras, mi situación era diferente, ningún candidato me había prometido nada porque soy extranjero y tampoco voto. Es decir, salvo en el momento de pagar los impuestos, yo no les intereso a nadie y, menos aún, al Estado.

Si yo pago mucha electricidad, o si gasto demasiada agua porque una de mis novias tira dos veces la descarga cada vez que va al sanitario ¡A joderse!... Yo estoy demás en Francia y, si no me agrada, siempre hay alguien para recordármelo: "¿Entonces, por qué no regresas a tu país?". Pero, cuando escucho esta metáfora, yo aplico la política del mudo. Me quedo en silencio como buen estúpido y, mirando para otro lado, me pongo a silbar un tango de Gardel, puesto que he descubierto que a los franceses les gusta bastante la música exótica, aún cuando no entiendan nada.

No obstante soy optimista de nacimiento y, por las dudas, desde hace cuatro años en que llegó la carta oficial, yo instalé el horno en el medio de la cocina, al reloj mural lo colgué al interior de un placard para que no molestara cuando pusieran las nuevas líneas eléctricas, y ¡hasta compré un paquete de café para invitar a los obreros que vendrían hacer los trabajos en mi casa!... Algunos vecinos se burlaron por mi exceso de optimismo y la fecha de consumo del café se venció sin que llegara a abrirlo. Pero yo continué a creer que si el café había perdido su gusto y su virtud alimenticia, él conservaría un tiempo más el color de los buenos cafés light.

En la carta oficial nos explicaban que, dentro de las tareas previstas, nos cambiarían la bañadera, el inodoro, las puertas, las ventanas y hasta nos instalarían persianas rulantes ¡Persianas rulantes...!

En Francia las ventanas son sin postigos, salvo en las plantas bajas, y cada uno las cubre con cortinas de telas transparentes, según su propio pudor. En Francia no existe demasiado pudor por el cuerpo desnudo y como yo vivo en un primer piso, todas las mañanas, temprano, me distraigo observando a mis vecinas.

Debo reconocerlo, poner persianas a las ventanas me incomodaba bastante, porque yo había descubierto que siempre tenía una ventana cerca de mi vista.

A mí me agrada contemplar mis vecinas a la mañana temprano. Es el tiempo en que ellas están apuradas por los horarios de sus respectivos trabajos. Eso hace que, por prepararse más rápidamente, toman el desayuno en ropa interior, luego entran a la ducha y, seguidamente, salen totalmente desnudas del baño para terminar de secarse y finalizar vistiéndose en el dormitorio a pocos metros de la ventana de mi departamento. Hasta algunas veces me saludan con la mano.

Este paisaje lo tengo todas las mañanas, puesto que mi escritorio está al lado opuesto al parque y da sobre la calle, sitio que elegí cuidadosamente para ubicar mi computadora.

¿Cómo iba a estar de acuerdo con las persianas?... ¡Nunca!...

El día que recibí la carta de la administración, me puse más loco de lo que ya estaba y grité, con mi voz de tenor en liquidación, contra toda esa censura y contra el moralismo que pretendían implantarnos. Era importante saber que lo mío era la actitud del artista que necesita de la libertad para existir. Pero en el fondo yo soy extranjero y, el problema del pudor, para mí es diferente. A pesar que mi dormitorio da sobre el parque de atrás del edificio, es fácil a observar desde el exterior puesto que es el primer piso. Tengo que reconocer que ya estaba un poco cansado de acostarme con un pijama de tres piezas y de leer en la oscuridad para evitar los voyeristas nocturnos o matinales.

Mi departamento posee un gran balcón con dos grandes puertas ventanas. En el día puedo observar el parque y esos pájaros idiotas que no saben dónde ir a posarse y que terminan de tanto en tanto en el interior de mi vivienda, únicamente para darle miedo a mi gato que no es muy corajoso que digamos.

En las noches estrelladas de verano, yo puedo observar los adolescentes que van al parque para hacer el amor y que se burlan de mí y de mi muñeca inflable en látex que supe comprar en un remate de objetos usados una día del mercado de mi pueblo. Hasta el portero del edificio comenzó a burlarse de la calidad de mi muñeca de látex y me trató de avaro, de mezquino. Esta situación fue lo que, en realidad, hizo cambiarme de idea con respecto a las persianas rulantes. Los funcionarios de la administración tenían razón, ¿era necesario que la gente pudiera tener un poco más de intimidad!

Mi departamento posee dos grandes puerta-ventanas que dan sobre un balcón, envidia de mis amigos franceses. Al nuevo sistema de persianas yo no quería perderlo por nada del mundo, puesto que ¡al fin...! podría leer tranquilo en la cama sin preocuparme de los mirones. Por eso, cuando llegó la carta oficial hace cuatro años, yo no quise esperar a último momento y desplacé todo los muebles del comedor al centro de la sala.

Vale decir que eso me producía algunos pequeños inconvenientes: las sillas debían estar siempre apiladas sobre la mesa y los sillones sobre el sofá. Y, desde hace cuatro años, yo vivía en esas condiciones, salvo cuando tenía algún encuentro con la ternura; pero, en general, mis amigas cariñosas venían a visitarme de noche y partían con las primeras luces del alba como los vampiros. Durante el día me acostumbré a no recibir a nadie, esperando siempre que vinieran hacer los trabajos anunciados.

Desde hace cuatro años, espero todas las mañanas que lleguen los obreros para realizar lo prometido ¡Y lo prometido es grande...! Aparte de los espacios comunes, del maquillaje a la entrada del edificio y de la iluminación de la calle, prometieron la instalación de una bañera, el cambio de la pileta en la sala de baño, pintura incluida; el cambio del inodoro, nuevas instalaciones eléctricas, puertas, ventanas, el cambio de la pileta y de los azulejos en la cocina ¡Y hasta me murmuraron al oído que podrían pintar de rojo el pececillo de plástico que tengo, por cuestión de economía, en el acuario junto al balcón. Mi pez no gasta en nutrición.

Con el correr del tiempo, los profetas apocalípticos del pesimismo colectivo de mi barrio, llegaron a convencerme. En la última reunión dijeron que las autoridades no tenían palabra y que todo fue una mentira durante período electoral. Es necesario aclarar que los defetistas eran franceses y parecían conocer mejor a sus representantes.

Si esto aconteciera en mi país, yo no lo hubiera creído desde el primer instante, puesto que, a mi conocimiento, ninguna autoridad se interesaría en el consumo del agua y menos aún en el consumo de electricidad de un viejo edificio. Me recuerdo que, la vez que pedí a un amigo diputado, si podía hacer algo por la cámara séptica de mi casa que no estaba muy antiséptica, él se atragantó con una risa que no lo dejó respirar por varias horas. La segunda vez que le comenté mi preocupación por la misma cámara séptica, él me miró con cara de pena y misericordia; y, a la tercera vez, me prestó el dinero para realizar los trabajos con un interés del 20 % mensual, porque, aparte de ser diputado, él también era el usurero de la ciudad. Desde ese día, ¡aprendí a cerrar la boca para siempre!

Sin embargo, todos dicen que en Francia es diferente.

El mes pasado, bien temprano, mi novia venía de partir de casa y el mobiliario todavía estaba en orden. Yo no había aún remontado los sillones sobre el sofá ni construido mi pila de sillas sobre la mesa del comedor. En realidad, me encontraba dándome una ducha cuando las campanillas de la puerta de entrada sonaron inéditas a mis oídos. Eso me desconcertó un poco. Yo sé que, cuando el sonido es tímido, es el cartero que me trae facturas a pagar, como si él tuviera miedo de anunciármelas. Pero cuando las campanillas suenan intempestivamente y hasta golpea la puerta con los puños cerrados dos o tres veces con ansiedad, es también el cartero que participa de antemano a mi euforia, ya que él es portador de correspondencia de mi país.

A veces las campanillas suenan varias veces, con una enorme delicadeza, como si la persona interpretara una música de Moricone en los westerns de Sergio Leone; pero en ese caso, es siempre una amiga que tiene los ojos sedientos de cariños retenidos y viene a visitarme tarde en la noche. Sin dudas, ella no podía ser. Esa mañana el sonido fue prolongado y medio tímido por la temprana hora y eso me desorientó un poco. Me dije que debía ser el cartero que había comenzado su ronda por mi casa para beber el café conmigo. Es por eso que, todo enjabonado, entreabrí la puerta, apenas cubierto con una pequeña toalla que logré tomar a las apuradas.

No tuve ni siquiera el tiempo de abrir la puerta y reconocer al visitante, cuando una veintena de personas penetraron al interior, como si fuera un huracán. En cuestión de minutos, todos los muebles fueron desplazados al interior de una de las piezas, mientras las ventanas y las puertas saltaban en mil pedazos. Las paredes de la sala del baño se llenaron de caños y cables. La sala comedor se transformó en un depósito de tarros de pintura, de perforadoras eléctricas, de escaleras y de otras herramientas.

En la cocina había obreros trabajando... En la sala de baño había obreros trabajando... En el comedor había obreros trabajando y, en el dormitorio, todos los muebles habían sido apilados sobre la cama. Hasta mi pobre gato, lo colgaron precariamente sobre la lámpara del techo y miraba aterrorizado ese mundo de invasores. Yo no tuve tiempo ni de vestirme. Me corrieron del departamento y, en el medio de la escalera, casi pegado al departamento de mi vecino, una mujer que parecía hacer la publicidad de alguna marca de dentífrico me atacó con mil preguntas para llenar un cuestionario.

Mi problema era simple, si abría los ojos, el jabón me entraba en las pupilas y me hacía arder hasta los intestinos. Si procuraba secarme con la pequeña toallita, la mujer y todo el mundo, miraban descaradamente mi cuerpo de Apolo jubilado. Tengo que reconocer que, en ese momento, mi vergüenza era más grande que el Arco de Triunfo en plena avenida de los Campos Elíseos. Y me resigné a la felicidad de aceptar los trabajos como una fatalidad exquisita.

Se dice en Europa que, en Francia, la organización es una obsesión. Cada uno es especialista en su profesión y, cada profesión se limita a una tarea específica. Pero esa mañana, cada tarea específica, correspondía a una empresa diferente. La veintena de obreros que se encontraban en mi departamento pertenecían a igual cantidad de empresas diferentes y, cada una de esas empresas, estaba representada por una persona que venía con un cuestionario idéntico e idénticas preguntas. Todas ellas tenían la misma sonrisa publicitaria que denominan: la gentileza de las relaciones públicas. Y que hasta hay estudios en esa profesión de cuatro años para aprender a sonreír.

Las personas que se ocupaban de relaciones públicas eran personas muy apuradas por terminar de llenar sus formularios de preguntas y así poder continuar con el departamento siguiente. Las sonrisas se multiplicaban como fotocopias, salvo la de un joven muy simpático que parecía conocerme de alguna parte y se interesaba a mi condición de extranjero, originario de un país musical. Él me contó que tocaba la trompeta con un grupo de Jazz en un bar de París. No obstante, su sonrisa era sospechosa y sus ojos atendían que me secara los ojos con la toallita, para dejar libre el resto de mi cuerpo. Yo estaba por darle el gusto, puesto que mi ojo derecho comenzaba irritarse peligrosamente, pero luego de recordar la risa descontrolada de una amiga en una noche de ternuras salvajes, me dije que mi espíritu no se encontraba para soportar una nueva derrota, y decidí continuar con mi toalla atada a la cintura.

Desde la invasión de esos obreros ya han pasado varias semanas, y yo terminé por habituarme a mi pequeña toalla. De tanto en tanto, algunos vecinos vienen a visitarme y entre todos nos observamos las toallas y reímos como buenos imbéciles porque ninguno sabe exactamente cuando terminarán los trabajos. La administración pública nos dijo que sería “próximamente”.

Como soy de naturaleza optimista aproveché para descubrir que, este año, la primavera era cálida y que las calles de Valenton se parecían a las estaciones nudistas del sur de la Francia. Mis vecinos me observan de manera extraña cuando comento eso; pero yo pienso que mi barrio puede parecerse a Saint Tropez o a Monte Carlo si uno tiene bastante imaginación. El pequeño inconveniente que existe, es que en mi barrio no hay veleros de 15 metros, ni casinos, ni hoteles de lujo, ni mesas de bares en las aceras. En realidad, tampoco hay aire puro, puesto que se siente el perfume de la nueva estación de depuración de aguas servidas. Digamos que en el barrio no hay gran cosa y que, por mucho tiempo, nuestra distracción favorita fue romper los autos de la gente que venía a visitarnos. Pero era solamente por el cariñoso placer de poder dejar un buen recuerdo a los visitantes para que pudieran hablar de nosotros. A veces, muchas veces, sabíamos echar baldes de agua por la ventana para testar el buen o mal carácter de los visitantes, pero desde hace algún tiempo ya no tenemos tampoco agua.

No obstante los trabajos comenzaron hace varias semanas y todos estamos contentos, salvo algunos vecinos irritables que vinieron a descubrir que sus esposas dormían también en el lecho de otros vecinos. Sin embargo, yo expliqué que la culpa no era de esas mujeres porque con la oscuridad que reina en el barrio las pobres terminan confundiendo de departamentos. La electricidad también fue cortada hasta que finalicen los trabajos y, según la carta oficial, deberá ser “próximamente”.

Esta mañana, el cartero me corrió por casi todo el barrio porque todavía me queda un poco de dignidad entre las uñas de mis pies... Al principio, creí que él pretendía violarme, puesto que desde la semana pasada me viene mirando con ojos raros. Yo corrí como una liebre, pero como tenemos prohibido salir desnudos fuera del barrio, me detuve junto al último edificio y allí, heroicamente, me preparé a soportar los ardores ilícitos del cartero. En la vida siempre hay situaciones difíciles que uno debe aprender a soportar con heroísmo. Entonces, cerré los ojos esperando lo inevitable, pero el cartero solamente quería que le firmara una carta certificada.

Era otra carta oficial que me manda la administración pública para explicar que mi departamento estaba quedando como nuevo y que, muchos de mis amigos franceses, se interesaban demasiado en ese departamento. En resumen, la administración me solicitaba pagar un nuevo alquiler, según las nuevas características de modernidad o, de lo contrario, me explican que yo podía retornar a mi país y, para lo cual, tendría diez generosos días.

Por tanto, tengo que reconocer que la persona que me escribió esta última carta es bien intencionada. En la carta se me explica que esa medida no es un acto racista hacia los extranjeros y que, tampoco tenía que ver con las concesiones que la administración efectúa al electorado rubio de ojos azules que votan por la extrema derecha. Y, para demostrármelo, el Estado en persona estaba dispuesto a pagarme, con suma amabilidad, un billete de avión sin retorno hacia mi querido mi país.